

Bertrand Russell

HE imaginado alguna vez una continuación arbitraria al caso de Sócrates. Un trueque de copas a la manera shakesperiana, alguna piadosa intervención por los discípulos fieles en el dosaje del bebedizo, un contra-veneno u otro expediente análogo, vienen con oportunidad exacta a provocar el alboroto de la catástrofe y dan espacio y ocasión a que estalle sindicación justiciera, hija del arrepentimiento popular... Porque arrepentimiento y turbación hubo en Atenas sin duda, la misma noche que siguió al día de la sentencia. Los que, mirándose los unos a los otros, condenaron, ahora, mirándose a sí mismos, se condenaban. Quien consintió el silencio en la judicial Asamblea, ahora no lograba el silencio dentro de sí.

He imaginado, pues, una continuación. La cárcel se abre y entra la confusa avergonzada muchedumbre, Sócrates se aleja, siempre con su dulce compañía dialogadora, a convalecer de sus dolores en una isla lejana. Y ya es para todos, en el destierro como en la nostalgia, en la isla como en la ciudad, algo a que la misma magnitud de la prueba ha hecho sagrado, un agente de bendiciones que, doquiera donde esté o doquiera se le cita, acrecienta lo pingüe de las cosechas, libre de maléficio, trae acrecimiento de virtud, como Egipto ciego con la mano sobre la espalda de la hija o como la encina herida por el rayo.

Si la Gran Bretaña fuese Atenas, su Sócrates se llamaría ahora Bertrand Russell. Perseguido ayer, expulsado de la Universidad, procesado, condenado a multa de mil libras, cruel ruina para su modesto peculio de profesor, preso por seis meses en la cárcel, por delito de haber pensado que la guerra es mala, que el régimen de la propiedad privada debe cambiarse, que el secreto diplomático ha de ser abolido y sujeta al control democrático la política internacional, Bertrand Russell ha atravesado la prueba con pureza, serenidad y valentía. Hoy se producen ya arrepentimiento y reacción. La gloria más eminente de Cambridge, va, según noticias, a brillar de nuevo, desde el próximo otoño, en Cambridge. Y, mientras tanto, nuestro Seminario de Filosofía de Barcelona se ha honrado en recibir algún reflejo de aquella gloria en Cambridge y en ofrecer, al filósofo dolorido, a cambio de unas lecciones sobre el Atomismo lógico, el consuelo de una compañía amistosa con los homenajes de una intacta veneración.

Los tiempos son de hierro y el Es-

píritu es crucificado cada día en veinte Gólgotas, en todo lugar de la tierra. A la palabra sin mancha de Debbs el Justo, invocando estoicamente, en los Estados Unidos, las absoluciones de lo futuro, contesta en la Universidad de Berlín el pateo de los estudiantes contra Einstein y los gritos de perro judío dirigidos contra el sabio que ha vencido a Newton, tal vez con una mente más poderosa que la de Newton. De nada le valió a Bertrand Russell, en 1916 y 1918 su genio y su logística, la audacia admirable de su revisión del apriorismo kantiano, su definición analítica de la unidad aritmética y la medalla de oro, otorgada en Boston, de la matemática universal. Nos ha dicho que en la cárcel su compañero de celda era un propagandista ruso. Lo mismo hubiera podido ser un asesino ó un sátiro. A los ojos del viejo mundo que se defiende, hoy no hay cuchillada ni estupro peores que el pensar.

La víspera del Domingo de Ramos se inauguró el curso de Bertrand Russell en el Seminario de Filosofía de Barcelona. Tres hombres presidían la fiesta, tres hombres que eran tres expulsados. Los reunió físicamente el azar, pero moralmente, les había dado destinos paralelos una ley histórica profunda.

BERTRAND Russell ha combatido duramente la extensión excesiva que la ciencia contemporánea ha concedido a la teoría de la evolución. Se trata a lo sumo de una fórmula biológica, y aun de precaria demostración y fragmentaria—ha dicho el filósofo—; ¿con qué derecho la extendemos a lo inorgánico y aun erigimos aquellas sus fórmulas en leyes generales del universo...—Bien, esto en cuanto se trata del evolucionismo como fórmula; mal, en cuanto se trata de una visión de la vida, o, según ha dicho alguna vez, del evolucionismo entendido como religión. El primer evolucionismo podrá ser juzgado por Russell; el segundo, juzga a Russell y le incluye.

Es norma constante en la filosofía ruseliána de separación entre el mundo *real*, en que logran respeto máximo las impresiones de los sentidos y aun los fantasmas de los sueños y el mundo de lo *posible*, sometido a la pura legalidad de la razón. Pero en la evolución el antagonismo entre razón y sueño, entre perfección y existencia, entre posibilidad y realidades aparece generalmente superado. Una cosa que evolucione, que se transforme es a la vez ayer y mañana, realidad y posibilidad; existencia y perfección, sueño coloreado y razón perfecta. Si el mundo cambia, es porque en cada momento de él íntimamente se concilian la fatalidad que nos sujeta y la liberación suprema es el ideal.

La primera casa que anuncia haber rebajado sus precios de acuerdo con las circunstancias es

LA DESPENSA
New England La Gran Vía

American Paper Exports, Inc.
NEW YORK

En la Oficina del REPERTORIO, frente a las Alcaldías, está la Agencia de los AMERICAN PAPERS EXPORTS. La asociación de los manufactureros norteamericanos de papel no es una casa comisionista interpuesta entre los fabricantes y los importadores extranjeros; apenas media para que éstos se entiendan con aquéllos.

Componen la asociación 35 fábricas de papel, las mayores de los Estados Unidos y del mundo.

La asociación suministra toda clase y calidad de papel. Por ejemplo: papel bond; papel para libros en blanco, periódicos, revistas y libros; papel para envolver, para copias, sobres, papel manila, carbón, de seda, pergamino, secante; papel para forros; cartones, cartulinas, etc.

Las muestras de estos papeles y los precios, están a la disposición de nuestros importadores en la Oficina del REPERTORIO.